

Regiones insurrectas. Etnografía de la identidad política y la construcción territorial de los Llanos del Yará, Colombia¹

Nicolás Espinosa Menéndez

Sociólogo y magíster en Antropología

Docente investigador, Universidad San Buenaventura, miembro del Grupo de Investigación Cultura, Violencia y Territorio-INER, Universidad de Antioquia.

Dirección electrónica: nicolas@ine.udea.edu.co

Espinosa, Nicolás (2013). "Regiones insurrectas. Etnografía de la identidad política y la construcción territorial de los Llanos del Yará, Colombia". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 28, N.º 45, pp. 154-180. Texto recibido: 30/10/ 2012; aprobación final: 07/05/2013

Resumen. Los Llanos del Yará es una región en donde la guerra entre el Estado colombiano y la guerrilla de las FARC se vive con especial intensidad. El escenario de conflicto armado involucra a comunidades campesinas que a lo largo de su historia han padecido distintas etapas y múltiples eventos de violencia política. Este tipo particular de violencia hace las veces de una matriz común y compartida desde la que se construyen subjetividades, identidades políticas y, en suma, el Yará como territorio, tema central del artículo. Estas reflexiones son producto de una etnografía que rastrea la forma en que la violencia y las identidades políticas le imprimen un carácter particular a la región. El artículo contempla una exposición organizada en tres partes: un preludio, un interludio (que incluye cinco entre actos etnográficos) y un escenario analítico (dividido en tres actos que dan cuenta del Yará como un territorio definido por la experiencia que contiene).

Palabras clave: territorio, identidad política, violencia política, Amazonia colombiana.

1 Este artículo toma sendos apartes de la investigación "La cultura política de la frontera interna (Los Llanos del Yará)" realizada durante el año 2011 para la Universidad del Valle. Una versión anterior del artículo fue presentada como ponencia en el Primer Congreso de la Red de Estudios de Izquierdas en América Latina, REIAL, Bogotá, septiembre de 2011. La investigación puede consultarse o solicitarse al Centro de Documentación del Instituto de Estudios Regionales, —INER—, cediner@iner.udea.edu.co o al centro de documentación —Cendoc— de la Universidad del Valle, cendoc@univalle.edu.co. Agradezco a los evaluadores anónimos del Boletín, así como a su equipo editorial por sus juiciosas sugerencias, comentarios y correcciones realizadas. Los puntos de debate que me fueron propuestos han sido integrados a mi agenda de investigación.

Rebellious regions. Ethnography of the political identity and the territorial construction of the “Llanos del Yari, Colombia”

Abstract. The Llanos del Yari is a region experiencing with particular intensity the war between the Colombian state and the guerilla group FARC. This scenario involves peasant communities who have suffered throughout their history different stages and events of political violence. This particular kind of violence operates as a common and shared matrix through which people's subjectivities, political identities, in short, the idea of the Yari as a territory are built, this latter element being the central issue of this article. These reflections are the product of an ethnography that explores the way in which both violence and political identities shape a particular regional character. The article is organized in three sections: Prelude, Interlude (that includes five ethnographic between sections) and Analytic Scenario (divided in three acts that portray the Yari region as a territory defined by the experience it contains).

Keywords: territory, political identity, political violence, colombian Amazon.

Preludio Etnográfico. Playa Rica Movie Road (extracto)²

(En donde usted podrá leer la descripción de un caserío lejano del Yari y los eventos del 17 de marzo de 2009, cuando fuerzas estatales, bajo la guía de un supuesto desmovilizado de la guerrilla, realizaron una captura masiva y sumaria de personas. Más adelante, en la introducción formal del artículo, hallará información sobre los antecedentes de este, su propósito, algunos aspectos metodológicos y la presentación del tema: el papel de la identidad política en la construcción territorial de los Llanos del Yari.)



Figura 1. Entrada al caserío Playa Rica, Nicolás Espinosa.³

- 2 Esta y las demás viñetas etnográficas que acompañan el artículo son extractos tomados de la versión final de la investigación antes referida. Para la redacción de esta viñeta en particular, he tomado prestada la estructura narrativa —e incluso algunos pequeños apartes— del primer capítulo de la Novela de Truman Capote *A sangre fría*.
- 3 Las restantes fotografías son de mi autoría. Las personas retratadas dieron su consentimiento para ser fotografiadas y, dado el caso, hacer parte de las publicaciones derivadas de mi etnografía.

El caserío de Playa Rica se encuentra en una zona cercada por selvas y rodeada de sabanas pertenecientes a los Llanos del Yarí, región al sur de la Sierra de La Macarena. A medio camino, entre los ríos Caguán y Guayabero, y cercano aún más de los ríos Tunia y Lozada, los habitantes de la región llaman a este minúsculo y solemne pueblito como “La Ye”. Fundado en 1998, poco antes de que tanto el proceso de paz entre el gobierno Pastrana y la Guerrilla de las FARC como la zona de despeje iniciaran, en Playa Rica la guerra se sintió por primera vez el mismo día en que ese proceso de paz y el despeje terminaran el 22 de febrero de 2002. Esa noche los campamentos que la guerrilla había construido en las inmediaciones del caserío fueron bombardeados.

Hasta la tarde del 17 de marzo de 2009 solo los pobladores del Yarí, alguna gente de La Macarena y unos cuantos en San Vicente del Caguán conocían la existencia de Playa Rica. Para ser conocido, muchas veces, hay que ser noticia, y Playa Rica no lo había sido, pues era un pueblito en donde el drama y los acontecimientos excepcionales nunca se habían detenido. A pesar de estar en una de las zonas afectadas por la más grande operación que el Estado haya lanzado en contra de la guerrilla, el plan patriota, con los años —desde 2002 hasta 2008— la guerra pasaba como el río, los camiones o las reses: sin detenerse demasiado tiempo.

Ni un alma de la dormida Ye los escuchó esa mañana de marzo. Nadie percibió que el poblado fuera rodeado por varios centenares de soldados, quienes esperaban los helicópteros que traerían a una comisión de la fiscalía y varios informantes —supuestos desertores de la guerrilla— que permitirían identificar y capturar, a lo largo del día, a once personas, una tras otra y de casa en casa. La noticia no se hizo esperar y esa tarde, y durante la noche, distintos medios de prensa transmitieron la desarticulación de uno más de los anillos de seguridad del comandante de las FARC, Jorge Briceño Suárez, alias “Mono Jojoy”.

La captura de este supuesto anillo de seguridad la hicieron hombres vestidos de negro que salieron de entre la selva, escoltados por soldados que ya estaban en cada recoveco del pueblo. Los acompañaba un fulano que en la región conocían con un apodo horrible que hacía mofa de su prominente barriga. Nadie se imaginaba que este fulano se hubiese “desmovilizado” porque nadie lo sabía guerrillero. Era un tipo más bien holgazán que vivía al día, haciendo encargos aquí y allá, trayendo cosas, moviendo corotos. Sí, de él se decía que por ahí como que le hacía vueltas a la guerrilla, que le transportaba una carga, le conseguía un mercado... ¿pero guerrillero? Nunca nadie lo vio armado o de camuflado. Lo supieron supuesto guerrillero ese

Debo aclarar que, con el propósito de guardar su intimidad, las personas cuyos testimonios he utilizado para este artículo no fueron retratadas. Las fotografías del caserío de Playa Rica fueron autorizadas por la Junta de Acción Comunal y solo utilicé mi cámara cuando las autoridades comunitarias, a lo largo de la región, me aclararon que no había problema alguno para tomar fotografías de ríos y caminos.

día, cuando el fulano paseó por entre las casas de la Ye, saludando con ironía pero sin mirar a nadie a los ojos, riendo con cinismo y actuando con fingida deferencia hacia los miembros del Cuerpo Técnico de la Fiscalía que proferían inmediatas órdenes de captura contra la gente que este fulano señalaba como compañeros suyos, supuestos milicianos de las FARC.

Diez personas en total, gente trabajadora y algunos entrados en años, entre ellos una señora con algo más de 60 años, fueron dirigidas a un potrero cercano; allí les tomaron las fotografías que luego serían ubicadas, junto a supuestos alias que nunca nadie había oído mentar, en los organigramas de la desarticulada “estructura” guerrillera.⁴



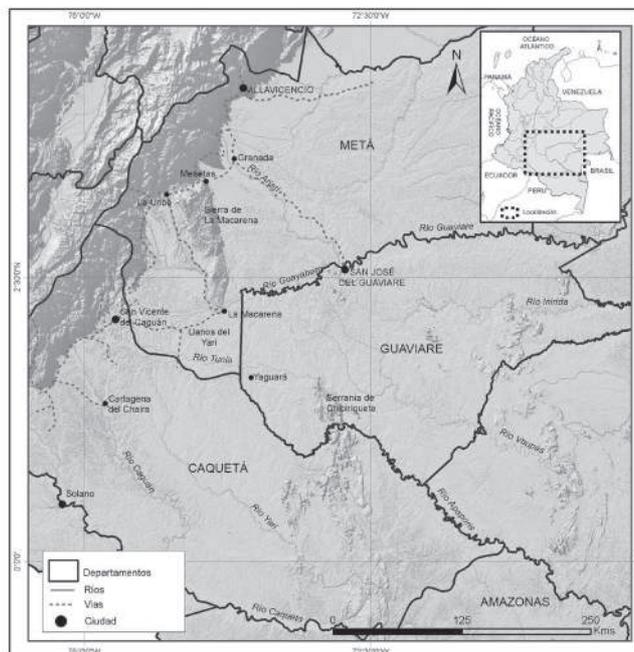
Figura 2. Caserío de Playa Rica

Introducción

Durante el año 2011 realicé una investigación sobre las condiciones políticas de los Llanos del Yari, una región al sur de la Sierra de la Macarena que empecé a visitar durante mis viajes hacia el río Guayabero desde el año 2000 (véase figura 3). Mi

4 “La captura de 10 guerrilleros cercanos al «Mono Jojoy» estrecha el cerco a este integrante del Secretariado de las FARC. La estrategia: desabastecerlo, presionar sus anillos de seguridad y reducirle el espacio por el que se puede mover”. Véase *Semana* (17 de marzo de 2009). “«Jojoy» y el juego del ahorcado”. En: *Revista Semana*. [En línea:] <http://www.semana.com/nacion/conflicto-armado/articulo/jojoy-juego-del-ahorcado/101131-3>. (Consultada el 1 de Febrero de 2010).

trabajo en el Yará fue posible gracias a que la etnografía significa que, una vez en el terreno, una cosa lleve a la otra y que la permanencia construya confianza. Es así que gente conocida me llevó a lejanos caseríos del Yará, sitios harto refractarios, más bien hostiles, en donde hay cara de pocos amigos para con los extraños, situación que resulta comprensible: tras años de intensa guerra, el estricto control de la guerrilla de las FARC desde los años 90 y la enorme presencia militar del Estado desde el año 2002, las comunidades son recelosas. Puesto que me hice “gente conocida” y “recomendada por una Junta de Acción Comunal”, dos de las principales categorías sociales para ser y estar en el Yará, pude presentar mi trabajo sobre la región y realizar la etnografía de la que daré cuenta en este artículo.



Mapa 1. Región de estudio. Entre los municipios de La Macarena y San Vicente del Caguán, a la ribera del Río Tunia, se encuentran ubicados los Llanos del Yará

Fuente: Espinosa, Nicolás (2010). Política de Vida y Muerte. ICANH, Bogotá.

La investigación a la que me refiero trató sobre la cultura política, concepto que entendí y manejé desde perspectivas antropológicas (Escobar, 1997; Escobar, Álvarez y Dagnino, 2001) que permiten comprender la complejidad de la naturaleza cultural de distintas prácticas políticas, no solo los comportamientos electorales (matriz básica de numerosos estudios sobre cultura política, López, 1996). Con mi trabajo me propuse establecer, entre otras cosas, si la apropiación territorial puede ser considerada como una de las prácticas asociadas a la cultura política. Es decir, si acaso

existe un trasfondo político en la forma como la gente significa y reconoce, habita, produce y reproduce los espacios sociales de índole regional. Esto hace referencia a la manera como personas, comunidades, instituciones o colectivos interpretan el sentido de un lugar: qué significa vivir, ser de allí, ir hacia él. En nuestro país resultan comunes, por ejemplo, las denominaciones institucionales reproducidas por la prensa dominante y los discursos oficiales del tipo “aquella es una zona roja”, “el Caguán es una zona coquera”, “el Yari es refugio de terroristas”. Esta *política del nombrar* no es asumida de manera inevitable por las comunidades mencionadas, y estas despliegan respuestas sociales que se oponen a la discriminación y a la exclusión que el nombramiento oficial implica, por ejemplo: el uso de estrategias de *autonombramiento* que se propone definir el carácter de una región y de su gente; no por común ni por falta de originalidad, la denominación de “tierra de paz y progreso” es el subtítulo preferido por comunidades en el Yari para dar la bienvenida a sus pueblitos en los letreros a la vera del camino. El de Playa Rica reza, por ejemplo, “[...] Tierra dorada bañada por el sol y región de progreso y gente amable” (véase figura 1).

Sin embargo, otras estrategias de apropiación territorial han dado forma a esta región. Una investigación que junto a dos investigadoras del Instituto de Investigaciones Regionales —INER— de la Universidad de Antioquia, realizamos sobre los Llanos del Yari nos permitió establecer distintas estrategias de apropiación territorial: la significación cultural del espacio (formas de habitar), la participación política (formas de acción colectiva) y la resolución de conflictos (derecho propio como producto del proyecto regional), fueron tres de las fuentes de apropiación que allí analizamos (Espinosa, González y Ramírez, 2010).

Dentro de este variado ámbito de apropiación territorial, en este artículo me propongo analizar —en particular— el papel que tiene allí la cultura política. Para ello he definido como perspectiva etnográfica una estrategia de análisis que me permite abordar el territorio desde su *construcción social*, a partir de la inspección del entramado de *situaciones y relaciones* que viven y establecen los sujetos, los *espacios* de distinta naturaleza que habitan (dinamizados por la relación entre materialidad del carácter físico de los lugares, y la significación que los define), así como las *conexiones* que existen entre la zona y el contexto amplio de relaciones nacionales e internacionales que definen la experiencia regional en torno a la guerra y las respuestas sociales a la misma.⁵ Con este artículo, en suma, me propongo exponer el apartado de mi investigación en donde traté la forma en que las comunidades del Yari experimentan las condiciones que la violencia política ha impuesto para su vida diaria, y cómo estas condiciones se han incorporado y tramitado como estrategia para la apropiación territorial. Puesto que el enfoque que me he propuesto tiene que

5 Un trabajo relevante para comprender conexiones similares a las establecidas entre la construcción regional, el proyecto de nación y la geopolítica de la guerra, puede hallarse en el trabajo de Margarita Serje *El Revés de la nación* (2005).

ver, en jerga pesada, con la conexión entre las *tramas subjetivas* y los *contextos estructurantes* de los procesos sociales, para rastrear esa conexión entre cultura política y apropiación territorial, me propongo abordar el papel que tiene el conflicto armado en la configuración de la identidad política de las comunidades campesinas del Yarí. Esto último, a partir del análisis de las fronteras internas de este proceso y su papel en la configuración regional. He definido por configuración regional las formas en que desde distintos ámbitos (comunidades, guerrilla, agencias y fuerzas del estado) y fuerzas sociales (la historia, procesos de organización, la violencia política), se organizan los elementos del espacio (fronteras y límites sociales), a partir de las pautas para la vida diaria (prácticas sociales) que surgen de la relación dinámica entre ámbitos y fuerzas.

El marco metodológico desde el cual desarrollaré el texto en la tercera sección, tiene una perspectiva analítica que he orientado a la inspección de las narrativas frente a lo político (la forma como las comunidades asumen y construyen la relación entre amigos/enemigos, la vieja fórmula propuesta por Schmitt (1991), reinterpretada por Mouffe (2007)), a partir de las prácticas concretas en el escenario de la política y los márgenes regionales que plantean.

Una de las conclusiones de mi investigación, que tiene cabida en este artículo, tiene que ver con que el sentido de pertenencia y el significado de la actividad social y política que se desarrolla en el Yarí encuentra estrecha conexión con la tradición de lucha campesina heredada de procesos históricos de mediados del siglo XX. Esta tradición configuró la idea del *movimiento* en la región, que si bien en sus orígenes incluyó a las FARC como parte del mismo, tras la militarización de las relaciones entre guerrilla y comunidades, desarrolló una dinámica independiente que deja su huella en la espacialidad de los territorios al definir (y reivindicar ante el Estado y posicionar ante la guerrilla) formas autónomas de participación social, organización política y producción económica.

Para dar cuenta de todo esto, he dispuesto el siguiente orden para el artículo: tras el preludio que antecede a esta introducción, siguen dos secciones más: un interludio etnográfico y un escenario analítico. El interludio incorpora la narración de distintos eventos que permiten dibujar aspectos claves del contexto regional. El escenario analítico da cuenta de la estructura de significación de las experiencias históricas de habitantes de la región en tres apartados: (I) la conexión entre identidad y territorio, (II) la identidad contenida y (III) el territorio como la identidad movilizadora.

Interludio: fuentes y expresiones de la identidad política regional

(Sección en donde encontrará algunos extractos de viñetas etnográficas que dan cuenta de las fuentes de la identidad política regional y sus expresiones sociales. El apartado incluye la historia del entierro de un joven guerrillero, el papel de la obra pastoral y política de una monja y aspectos de la historia de vida de un viejo

comunista; la reseña de una reunión indígena realizada en el Yari y el testimonio de un joven miembro de un comité de DD. HH.).

El entierro del guerrillero (2010)

Pregunté a los viejos si José, el joven guerrillero de dieciocho años (nacido y criado en La Sandía y que murió en combate con el ejército el día anterior), sería enterrado en el caserío. No, dijeron. Hace poco enterraron a una guerrillera y el ejército, al enterarse, desenterró el cuerpo y se lo llevó en helicóptero para volverlo a sepultar en la fosa común de La Macarena. Lo mejor es enterrarlo en El Patillal, un caserío más al norte, uno de los más viejos de la región y en donde, además de un cementerio organizado, hay un cura que acompaña con misa; hay además una pequeña capilla que una monja española muy conocida en la región, la madre Ángeles, fundó en vida para la gloria de nuestro señor y el servicio de la comunidad.

La mañana del domingo la gente organizada salió. Yo había tomado camino el día anterior y el domingo pude reconstruir los sucesos del evento con varias personas que, en San Vicente del Caguán, me narraron el entierro. No me dijeron cuánta gente fue hasta El Patillal ni pregunté quiénes fueron, pero dada la cantidad de vehículos y motos utilizados, supuse que bastantes: el mítico UAZ (carros todoterreno fabricados en la Unión Soviética) de Cadillo con gente hasta el techo; uno de los mixtos, esos enormes buses conocidos como chivas que hacen línea al caserío, con el cupo completo y lleno de señores, señoras, niños de brazos llorando, pelados agarrados de las barandas y perros colados de contrabando entre las bancas y piernas de los dolientes; les seguían unas doce motos —todas con parrillero— y tres camionetas más. Había gente a caballo y en bestia.

Al llegar a El Patillal, las camionetas, las motos, las chivas, las bestias y los caballos se detuvieron en la entrada. Un cajón esperaba al cuerpo de José y, una vez allí, en etapas de 100 m, varios vecinos se turnaron la cargada. La gente de El Patillal se unió a la marcha conforme esta avanzó por la única y estrecha calle del empolvado caserío que, franqueado por típicas casas entabladas de techo en zinc, mostraba el mismo ambiente solemne que La Sandía. El kilómetro que separa el caserío del cementerio fue caminado con paso firme, en algún momento del recorrido una bandera de Colombia apareció y cubrió al féretro, y tras casi media hora de silencioso camino la comitiva llegó a su destino. Allí estaban el cura y una comisión de guerrilleros que recibió, en calle de honor, el cuerpo de José.

A viejos comunistas, como don Quinto, no les hizo gracia la presencia del cura. A los guerrilleros les fue intrascendente, mientras que a la familia de José le significó esa dosis de dignidad en su despedida que solo las palabras del Señor, y su promesa de descanso eterno, pueden interpretar. De todas formas, han sido varios los religiosos y religiosas progresistas que han bendecido la fundación de caseríos y caminos en la región, no solo instruyendo la palabra del Señor y la salvación celestial,

sino también concientizando a la población sobre sus derechos terrenales. Y, gracias a ello, los religiosos y religiosas son bien recibidos, sus palabras, escuchadas y su trabajo, respetado. Aunque ya hace años la madre Ángeles murió, la imagen que de ella persiste aparece en historias en las que siempre está montada en caballo, moto o mixto rodando de un lado a otro, lidiando y denunciando a los militares, discutiendo con la guerrilla y cuidando de espacios religiosos como los de El Patillal, en donde —como en esta ocasión— se despidió a uno de ellos.



Figura 3. Camino que de El Yaguara II conduce, por la sabana, hacia la carretera central

Tras la oración del sacerdote, la palabra se la turnaron varios líderes comunitarios, que hicieron un llamado a la paz para evitar que sus jóvenes sigan muriendo. Habló alguien de la familia de José, recordando los rigurosos valores y excelente comportamiento que le caracterizaron y, por último, tomó la palabra un joven guerrillero, quien a nombre de las FARC recordó el espíritu de camaradería, moral revolucionaria y capacidad de entrega de su entrañable compañero. Recordó los motivos de la lucha que les embarga, la justicia de su alzamiento, la justificación para su insurgencia, la vigencia del pensamiento de El Libertador y, tras varios disparos al aire, un par de cánticos religiosos fueron turnados con el himno de las FARC y proclamas a la revolución.

Con la misma solemnidad observada durante el entierro, se dio en orden el regreso de El Patillal a La Sandía.

La hermana Ángeles (2010)

La noticia del fallecimiento de la hermana Ángeles, religiosa que durante casi tres décadas trabajó en la Sierra de La Macarena y el Yari, la supe en enero de 2011, mientras visitaba el caserío de El Patillal. Había sucedido el año anterior, según me contó Demetrio Varela, un concejal natural de la zona norte del Yari, quien hasta hace poco vivió en una especie de “exilio” mientras estuvo desterrado de la región por orden de uno de los frentes guerrilleros que allí operan. Gracias a la intervención de la hermana Ángeles, la situación se aclaró y la guerrilla le permitió regresar a su finca. De Demetrio vale la pena aclarar lo paradójico de su destierro en la medida en que él es un personaje de 43 años que nació campesino, se crió comunista y desde que tiene memoria ha trabajado en función del Movimiento. Reconocido político de La Macarena, fundador y sobreviviente de la Unión Patriótica y activo militante de El Partido (Comunista, *of course*), desde que tuvo edad de merecer, combina el trabajo en su finca y la cría y venta de cerdos con la actividad política en su vereda y en la región.

Demetrio y la Hermana eran conocidos de vieja data. Cuando esta llegó al Yari, apenas despuntando la década del 80, la familia Varela —católicos confesos— la recibieron con un sutil agrado, propio de la deferencia con la que el rebaño recibe a los apóstoles del Señor. Pero este rebaño se caracteriza por ser, entonces y ahora, más bien un hato de cabras, tan resabiadas como melindrosas, que en principio verían a la recién llegada Hermana con la indulgencia propia del que no halla ni problema, pero tampoco importancia ante la presencia de quien viene a “ayudar”. Según me explicó Demetrio, miraban con cierto desdén el trabajo de la monjita esta, tan buena gente ella, pero, al fin y al cabo, como todas las demás monjas. Con el tiempo, y no pasaría mucho, al conocer el talante de la Hermana Ángeles y el tipo de lectura que realizaba de los evangelios (una que se encamina tanto a la justicia terrenal como a la salvación eterna) supieron que ella, y otros tantos religiosos y religiosas que por aquellos días deambulaban por la región, no eran como todos los demás. Las comunidades de estas tierras, incluso las familias de tradición comunista como los Varela, acompañaron los esfuerzos para el trabajo comunitario de la Hermana y sus colegas, aportando ideas y dedicación con el empeño y diligencia propios de la solidaridad entre compañeros.

El viejo (2011)

Nos acompañó a La Sandía don Hipólito. Debía hacerse revisar de un médico.

El viejo se mostró afable, menos prevenido y receptivo a las preguntas que, a pesar del ruido del carromato, le llegaban casi a gritos. Me contó parte de su historia: nacido en Villarrica, Tolima, se crió en la zona norte del departamento. Durante La Violencia, fue el único sobreviviente de su familia; llegó tarde a su casa y eso lo

salvó de los chulavitas que arrasaron con su finca. Tendría casi diez años cuando le tocó irse a esconder, varios días, entre cafetales. Luego se reunió con tíos y tías con quienes terminó de crecer por los lados de la Colonia, muy cerca del Páramo de Sumapaz. Allí se vinculó al movimiento, y vio salir mucha gente en columnas de marcha para los lados del Duda. Durante más de treinta años trabajó en la zona, levantó a su familia y por problemas (que no mencionó) vino a pasar su vejez en las cercanías del Yarí, en compañía de su hijo.



Figura 4. Línea de transporte

La reunión indígena (2011)

Los representantes del cabildo rindieron informes y se presentaron al Gobernador de Río Verde, don Natanael. Este organizó los temas de su exposición: las formas de organización indígena, la legislación que les protege y la “consulta previa”, una figura jurídica que la comunidad debe conocer para estar preparada cuando la exploración petrolera llegué hasta allí. Entregó algunos folletos y dejó copia de la normatividad.

La exposición de don Natanael empezó con calma. En principio, explicó los tres niveles que sustentan la organización: la comunidad, el cabildo y la guerrilla. Dibujó tres círculos que, a la manera de la teoría de conjuntos, encuentran un punto de intersección. Habló de la comunidad como la fuerza que sostiene a los indígenas (primer círculo), el cabildo, como la organización que la comunidad se da a sí misma (segundo círculo), y la guerrilla, como el apoyo con el que los indígenas siempre han

contado (tercer círculo). Cuando un problema no se puede arreglar en la comunidad con el apoyo del cabildo —señaló—, entonces se puede recurrir a la guerrilla, y, paso seguido, rellenó el punto de intersección entre A B y C.

Añadió don Natanael que, incluso, la guerrilla apoya a los indígenas para que tengan sus propias organizaciones. Hace poco en su cabildo, en el río Verde, se enteraron de que la asociación campesina a la que estaban afiliados no estaba destinando los recursos de forma equitativa; decidieron organizarse aparte y la guerrilla los apoyó. Incluso, la nueva organización participó de la Gran Marcha Patriótica.

Supuse que las cosas han cambiado, porque en el Yari la historia era distinta, tan distinta que terminó con la expulsión de muchos indígenas del Yaguara II y de San Emilio del Yari; en esta zona las FARC no permitían formas de autogobierno por fuera de la tradición guerrillera y campesina.

Benjamín (2011)

Benjamín nació cuando la UP había sido exterminada en la región. Sus padres fueron asiduos asistentes a las reuniones que se organizaron en ese entonces y apoyaron las candidaturas de sus representantes y se sumaron a las movilizaciones. Pude darme cuenta de que esta historia se quedó en muchas familias de la región, pues cuando hablábamos de este tema, allí —en casa de don Octavio— me mostraban los recuerdos de las movilizaciones hacia el Guaviare, de la elección de alcaldes en el 86, cuando los viejos de las familias de la vereda La Reforma se unieron al movimiento. Las fotografías del álbum familiar, que sobreviven a los hongos, dan cuenta de esos instantes. Allí vi a parientes de Benja, a los padres de don Octavio, quienes se embarcaron en precarias canoas para viajar hasta el Guaviare. No fueron tiempos fáciles.

Hoy tampoco lo son, por cierto. Desde hace varios años los crímenes selectivos de líderes comunitarios han puesto sobre aviso a las comunidades de los riesgos que corren: el 14 de marzo de 2009 fue asesinado, mientras caminaba por su vereda y en compañía de su hijo, el presidente de la Junta de Acción Comunal de El Tapir, don Arbey Díaz; el 15 de marzo de 2010 fue asesinado en La Catalina don Jhony Hurtado, un veterano defensor de los DD. HH. e histórico líder de la UP. Algunas versiones en la región señalaron que fue un miliciano de las FARC quien disparó. Ese mismo año, en agosto, fue asesinada la presidenta del núcleo de comités de DD. HH., Norma Irene Pérez. No hay pistas sobre sus asesinos. Cuando le planteé esto a Benja, frunció el ceño y aseguró que, igual, hay que seguir insistiendo. Gracias a los Comités de DD. HH. y a su papel de veedores permanentes, los atropellos contra las comunidades, si bien han disminuido, es cierto, aún continúan. Por eso son tan respetados en la zona.

El escenario analítico: la conexión entre experiencia, identidades y el territorio

(Apartado teórico en donde se podrá leer la estrategia analítica utilizada para comprender el tejido existente entre las experiencias —personales y colectivas— y sus contextos. Y cómo la suma de estas experiencias, bajo la forma de identidad política, ha permitido la construcción territorial de la región).

En el Yarí son varios los hitos históricos que aparecen como parte viva de la región, en la medida en que estos hitos son experiencias desde las cuales las gentes leen el presente y advierten el futuro. El hito de mayor importancia quizá sea las columnas de marcha de mediados del siglo XX, cuando centenares de familias organizadas por el Partido Comunista huyeron de la violencia oficial de la época. Estas tremendas expediciones campesinas llevarían ingentes cantidades de personas; desde la cordillera Oriental hacia la zona central de Cundinamarca, las primeras; o hacia las regiones de El Pato y alto Guayabero, en límites entre Caquetá y Huila, las siguientes; o hacia las selvas de La Macarena, las últimas. Algunas familias, incluso, fueron a dar hasta el Guaviare (Alape, 1994; González y Marulanda, 1990; Molano, 1989). Con las columnas que llegaron se quedaría la experiencia política de quienes se han enfrentado al Estado para garantizar la existencia de su colectivo.



Figura 5. Hijas de la colonización

La pista de otros hitos históricos y la ruta que han trazado estas experiencias para las comunidades y personas de la región me ha permitido constatar que los ejercicios de memoria y su carga de identidad colectiva suponen una de las principales

estrategias de apropiación territorial en el Yari, pues existe entre sus habitantes la idea de un *nosotros* que incorpora —como experiencia compartida— el ser sobrevivientes de alguna violencia de carácter político: La Violencia de mediados de siglo y sus remanentes, con las subsiguientes columnas de marcha; la guerra sucia de los años 80 y el genocidio de la UP; las operaciones militares de los 90 (Destructor I, Destructor II) y el crecimiento de las FARC; durante la primera década de 2000, la persecución y la estigmatización de las organizaciones sociales en el marco del Plan Colombia, el Plan Patriota y, de manera más reciente, el Plan Consolidación. Todos estos contextos de violencia han implicado que hasta la persona más joven o la comunidad más reciente tengan una historia para contar y una experiencia de la que dar cuenta como sobrevivientes. Y es esta una de las particularidades fundamentales en la construcción de la identidad política regional y su traducción en las prácticas territoriales que en el Yari hacen referencia a la región como una zona de refugio,⁶ una región que resiste.

En este apartado trataré las distintas conexiones que permiten entender el papel de las experiencias de violencia en la apropiación regional, en tres actos que dan cuenta del papel de la identidad en la construcción del territorio.

Primer acto: La conexión entre identidad y territorio

Gilberto Giménez (2009) propone que, en materia conceptual, cultura e identidad son términos indisociables, en la medida en que la identidad se construye a partir de materiales culturales. Al comprender la identidad como la apropiación del repertorio cultural del entorno, esta interiorización hace factible una de las principales funciones de la identidad: demarcar las fronteras entre el nosotros-otros a partir de rasgos culturales distintivos, diferenciadores (hacia fuera) y definidores de la propia unidad (hacia dentro).

Giménez trabaja la noción de cultura a partir del modelo semiótico de Geertz (1990), llamando la atención sobre la naturaleza cultural de los significados: el carácter compartido y relativamente duradero de los mismos. Giménez adopta el concepto de identidad desde la teoría de los actores sociales, en donde estos pueden ocupar una o varias posiciones en la estructura social y se definen en la interacción con otros. Los actores sociales disponen de poder, adquieren una identidad (en función de esa posición que tienen, ese poder que adquieren) y trazan un proyecto y una situación de constante socialización y aprendizaje (Giménez, 2009). Es decir, uno de los valores culturales de la identidad es que esta, amén de relacional, es cambiante; no es

6 Cabe anotar que el municipio de La Macarena, en sus inicios, fue conocido con el nombre de El Refugio, puesto que allí hallaron resguardo las familias fundadoras que huyeron de San Vicente del Caguán en los años 50; familias que para llegar allí atravesaron los Llanos del Yari.

estática. Es una condición socialmente compartida. Siendo así, agrega Giménez, al hablar de identidades colectivas, estas se construyen por analogía con la anterior, en donde la identidad colectiva carece de autoconciencia; no es una entidad concreta con un límite preciso ni está delimitada (Giménez, 2009). En suma, la propuesta de Giménez concibe las identidades colectivas como un proceso social, histórica y espacialmente definido por su relación con el contexto. Las identidades colectivas nos son, pues, tan solo un dato.

Ahora bien, puesto que el análisis del entramado colectivo resulta pertinente para comprender *el acontecimiento de la identidad*, la teoría de los movimientos sociales aparece como un apartado pertinente para tal indagación, en tanto ofrece pistas para comprender la naturaleza cultural (y política) de la acción colectiva. En cuanto al término de cultura, Tarrow destaca que

La cultura tiene dos representaciones diferentes, pero relacionadas entre sí [...] en primer lugar, la cultura es el **sistema de significados** que se utiliza para el lenguaje cotidiano; en segundo lugar, la cultura es la **base de la identidad social y política** sobre la que las personas se organizan y actúan en una gran variedad de asuntos (negrilla mía) (Tarrow, 1998: 171).

Este tipo de actuaciones se interpretan como acciones colectivas. Alberto Melucci (2001) entiende estas como prácticas sociales que involucran un número plural de individuos, con una continuidad temporal, en un campo de relaciones definido, con la capacidad social (de quien se moviliza) para conferir sentido a la acción. Este concepto implica que, por lo tanto, la acción colectiva involucre actores colectivos. La unidad distintiva que define tanto a la identidad como a la acción colectiva es el carácter interactivo y compartido, en donde, de nuevo, la teoría de la acción social tiene cabida, pues, como antes señalé, para estos autores (Giménez, 2009; Melucci, 2001; Tarrow, 1998), identidad y acción colectiva conciernen —según la escuela de la sociología comprensiva de Max Weber— a las *orientaciones de su acción* y —según teorías críticas estructuralistas— al *campo de oportunidades y constreñimientos* dentro del cual tienen lugar.

Esta lectura permite dimensionar, en consecuencia, las identidades como elemento para la cohesión y la organización social territorial, pues integran los colectivos en torno a posicionamientos en sus espacios. Tal y como he podido constatar durante mi trabajo de campo, las unidades territoriales adquieren nombres (y orientaciones sociopolíticas) del tipo “Asociación de Campesinos del Yari”, “campesinos de la Vereda el Socorro”, “vereda del núcleo de Las Cabras”. Esta especialización y orientación de los intereses colectivos resultan claves para comprender las fuentes de la pertenencia al nosotros, que en la región se evidencia en forma de *somos parte del movimiento*, de una organización, y de una vereda.

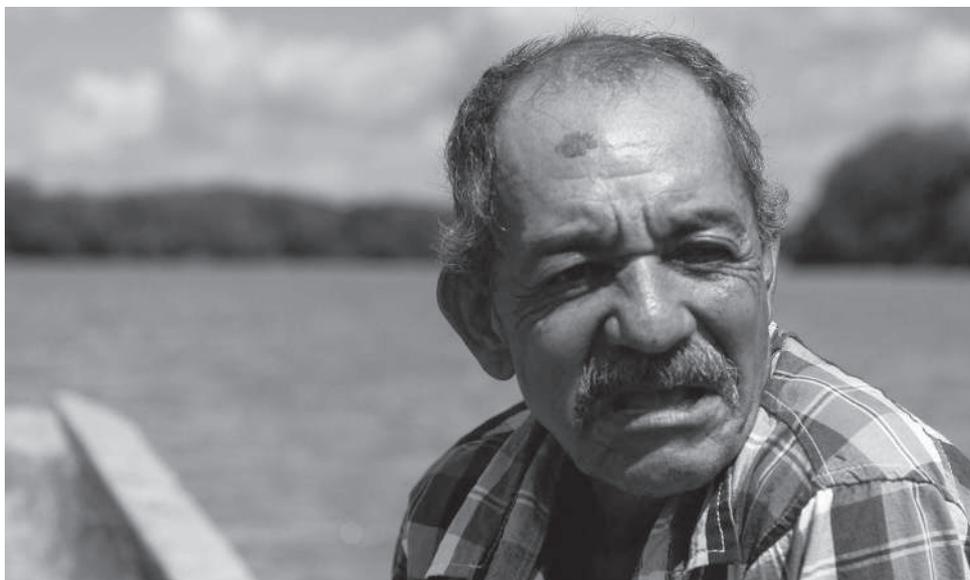


Figura 6. Don Lionzo

La identidad política puede entonces definirse, siguiendo a Yavuz (2003), como el proceso por el cual se llega a ser consciente de los marcos de referencia según los cuales se actúa. Estos marcos hacen las veces de un horizonte, cuyo sentido explícito se encuentra en la acción política, para afirmar las formas de unidad y solidaridad colectiva. Esto significa, por ende, un juego de diferenciación frente a la alteridad (el enemigo; el otro) y de homogeneización de la diversidad interna (Aboy, 2001).

La identidad política, como producto de ese proceso de posicionamientos, implica una serie de actividades involucradas en la creación y sostenimiento de la misma (Reger, Myers y Einwohner, 2008: 4). Uno de los retos teóricos consiste, entonces, en obtener las claves que subyacen al proceso en sí mismo para analizar la naturaleza de esa serie de actividades. El trabajo de Reger caracteriza la identidad colectiva como la forma en que el colectivo (y sus miembros) se ve a sí mismo y a los otros, manteniendo su singularidad por medios en que destaquen esa diferencia. Bajo esta línea, el *trabajo para la identidad* supone los esfuerzos realizados por los participantes de un movimiento para crear el sentimiento de pluralidad que los congrega como el “nosotros”. Ese juego dinámico, entre “nosotros” y “ellos” construye puentes y fronteras entre las nociones —simultáneas— de igualdad y diferencia.

Pero claro, teniendo en cuenta el carácter relacional y dinámico de las identidades, estas no serán nunca estáticas ni dependerán, de forma determinante, de valores culturales inmutables. Estos pueden cambiar sin que se altere el carácter del grupo, del nosotros. Un caso concreto puede encontrarse en Yari con el permanente éxodo

de los indígenas pijaos del Yaguara II: aunque su lengua se perdió (más bien: se la quitaron) hace un par de siglos, aunque fueron expulsados de Tolima en los años 60 y aunque se reasentaron en un terreno nuevo, el Yará, cuatro décadas después serían desterrados por las FARC al casco urbano de San Vicente del Caguán. A pesar de esta trayectoria, las expulsiones y el destierro, la construcción y el reconocimiento de los pijaos, como pijaos, se mantiene (González, 2009). Esta comunidad, a pesar de su doble destierro, aún conserva la carga simbólica que les significa la histórica lucha por la tierra, la memoria colectiva que, en términos de Gould (1998), constituye la estructura intangible que define a las identidades étnicas.

Con estos antecedentes quiero dejar sentado que la identidad política del Yará es un proceso que en la actualidad incorpora importantes elementos de carácter histórico, que no solo definen al colectivo como marco de referencia, sino que son parte fundamental en su movilización como marco de acción. Un elemento relativamente nuevo en la región consiste en que, si bien la guerrilla aún ejerce amplio control sobre la zona, y la presión militar del Estado sobre la zona y sus comunidades es fortísima, las organizaciones sociales han abierto espacios de entendimiento y negociación con distintos niveles del estado para lograr el reconocimiento de las reservas campesinas, para gestionar obras de infraestructura para las comunidades y para vigilar el respeto a los DD. HH.

En cuanto a la guerrilla, las organizaciones más consolidadas han logrado hacer respetar esos acuerdos y bajar la presión que esta ejerce contra las comunidades. He hallado como representativos los casos, por ejemplo, de la construcción de obras financiadas por la oficina de Acción Social, o la implementación de proyectos productivos agenciados por esta entidad; así como el que comunidades organizadas logren que la guerrilla no se apropie de espacios escolares para transmitir su propaganda a los jóvenes.

Este tipo de entendimientos no les ha significado a las comunidades perder el sentido del nosotros campesino, sobreviviente a las violencias, constructor del territorio; no ha significado renunciar al talante político que caracteriza a las organizaciones, sean estas comunistas, indigenistas, gremiales (pequeños productores) y, en todos los casos, progresistas. Esto no ha significado, tampoco, que el Estado (en forma de “el Gobierno”) haya cesado de ser concebido como el enemigo; pero es un enemigo que —mencionando de nuevo a Mouffe (2007) y en sintonía con el trabajo realizado por investigadores del Cinep (González, Bolívar y Vásquez, 2003)— tiene espacios diferenciados que permiten un reconocimiento de legitimidades y negociaciones parciales. Este entendimiento diferenciado puede aplicarse a la guerrilla, en la medida en que el posicionamiento que tienen las FARC como actor social de la zona, la alineación en el lado de *los amigos* que algunos sectores campesinos le reconocen, no significa —en consecuencia— que las comunidades aceptan de forma acrítica o pasiva su poder.



Figura 7. Intersección de caminos (esta carretera fue construida por comunidades campesinas que gestionaron ante el Estado recursos para sus vías y que obtuvieron de la guerrilla el préstamo de maquinaria)

Ahora bien, para que los cambios culturales y políticos redunden en cambios propiamente identitarios, los nuevos elementos deben ser identificables por los sujetos de forma clara y deben tener una referencia explícita al “nosotros”, proceso en el cual es de especial importancia la existencia de una unidad de nominación (Aboy, 2001), un nombre que permita que se indique la identidad política, facilitando el manejo cognitivo y la difusión de las preguntas por el “quién es quién”, quiénes son ellos y quiénes somos nosotros.

El que las comunidades se identifiquen como parte de la Asociación Regional incorpora la cohesión interna, capacidad y reconocimiento que esta instancia ha ganado en su aspecto territorial (como abarcadora de las comunidades que allí viven) como representante legítima de las comunidades, ante el estado y la guerrilla. La forma en que puede ser entendida esta conexión entre identidad y territorio es materia del siguiente acto.

Segundo acto: El territorio como identidad contenida

Si para Gilberto Giménez hablar de identidad implica, por ende, considerar la cultura como parte indisociable de esta, lo mismo podría decirse de la noción de territorio: para definirlo y trabajarlo es necesario tomar en cuenta la cultura y la identidad como fuentes de su apropiación. Giménez (1996: 10) al presentar el territorio, como

término, afirma: “[el territorio] remite a cualquier extensión de la superficie terrestre habitada por grupos humanos y delimitada en diferentes escalas: local, municipal, regional, nacional o supranacional [...] y como concepto es siempre un valorizado sea instrumentalmente, sea culturalmente”.

Giménez recupera el término “topofilia” de Yi-Fu (1974: 42) para llamar la atención sobre la condición socioterritorial del apego afectivo al territorio, como una constante antropológica en la relación del hombre con su medioambiente, al representar, dice Giménez (1996: 24): “Lo familiar y conocido, lo bello y lo saludable, un ámbito de seguridad y abrigo, una extensión del propio hogar y, en fin, un *medio para construir su identidad y mantenerse en comunión con su pasado*” (cursiva mía).

El territorio, entonces, puede ser visto, según Harvey (1989), como un espacio social o, según Sack (1988), como un lugar producto de la experiencia, que, en términos de Velasco (1998: 114), vendría siendo un “[...] espacio de inscripción de la cultura, marco o área de distribución de prácticas e instituciones culturales, como objeto de representación y apego afectivo y un símbolo de pertenencia socioterritorial”.

Como producto de la apropiación cultural, es decir, del sentido de pertenencia que desde la identidad despliega estrategias para concebir, ser y estar en el territorio, cuando observo el ejercicio de territorialidad en el Yará (por ejemplo, a partir de las viñetas etnográficas que he presentado en el interludio), resulta útil apoyarse en eso que Sack llamara la “seguridad de compartir la experiencia del lugar a través de la interacción personal” (1988: 228); en palabras de Velasco (1998), en los ritos o prácticas cotidianas, las historias compartidas, los problemas comunes, los planes a futuro, sirven como matriz de solidaridades internas. Estas solidaridades (siguiendo a Velasco) permiten, no solo consolidar a partir del nosotros el espacio nuestro, sino también reedificar identidades comunitarias.

Para analizar el caso del Yará, esta perspectiva resulta clave, en la medida en que se trata de una región que, al igual que el piedemonte amazónico, es producto de un proceso colonizador que ha vivido distintas etapas. Pienso entonces, por ejemplo, en los grupos de gente que venían de Cundinamarca, Boyacá o los Santanderes; los indígenas pijaos, tucanos, piratapuyos, emberas o nasas que allí han llegado. No solo no pierden sus raíces étnicas y los lazos con sus orígenes, sino que sienten y proyectan el Yará como suyo (nuestro). Conforme puede interpretarse de las iniciativas que promueven las organizaciones regionales, en torno a los DD. HH., por ejemplo (véase: interludio, entreacto 5: Benjamín). Lo mismo hacen las nuevas generaciones postcolonización, quienes se identifican, de manera exclusiva, como hijos del Yará.⁷

7 Esta territorialidad permite que hoy día exista, como política pública de la Alcaldía de San Vicente del Caguán, una apuesta por reivindicar como propia —ante las pretensiones del departamento de Meta de asumir el control administrativo de la zona— la identidad yariceña. Pero esa historia, la de la disputa territorial, es harina de otro costal.

Al rastrear las experiencias de las personas para quienes el Yari es su lugar, al explorar la impronta de las expresiones políticas e históricas en eventos de la vida diaria, me ha sido posible identificar —como mecanismos de la territorialidad— procesos de reconocimiento, invención o reinterpretación de las identidades (Bataillon, 1997: 23). Como señalé en el anterior apartado, la división territorial en la forma de veredas (compartida por casi la totalidad del territorio agrario colombiano), la organización en untas de Acción Comunal (situación también compartida), los alcances políticos de las juntas al agruparse en núcleos de juntas,⁸ y la capacidad de movilización que ganan al organizarse en asociaciones de carácter campesino y regional, implican una serie de reconocimientos (exógenos) y autorreconocimientos (endógenos) que territorializan los sentidos y las prácticas: estas implican que el Yari —de la mano de los habitantes y sus circunstancias— ha tejido una serie de condiciones que permiten a su gente identificarse con su región. ¿Hacia dónde se orienta tal identificación? Este es el tema del siguiente acto.



Figura 8. Puente en tabla

8 Grupos de cuatro a seis veredas que, por medio de representantes elegidos entre las comunidades, coordinan junto a los demás núcleos las actividades sociales y políticas de la región. Núcleos que, según lo identificó la antropóloga María Eugenia González (conversación personal), se han establecido como una referencia territorial de autoridad, legitimidad y de identidad: las personas se identifican como propias del núcleo veredal de Las Cabras, por ejemplo. Y a través de su núcleo se entienden con el conjunto de organizaciones sociales de la zona. A partir de los núcleos funcionan las asociaciones campesinas de la zona cercana al Yari, que agrupan un promedio de 60 veredas: Ascal-G en el río Lozada, Acatm en el alto guayabero, Ancop en el Pato, Asoregional en las veredas cercanas a San Vicente del Caguán, entre otras. En el Yari, desde hace un par de años, se impulsa la asociación Coadyari.

Tercer acto: La identidad movilizada

En la medida que en un colectivo convergen distintas y múltiples identidades, y que dicho grupo se puede orientar a distintas audiencias, una de las necesidades que subyace a esta diversidad supone el manejo al que ha de ser sometida para su sostenimiento. La cuestión apunta, entonces, a identificar cómo se articula la diversidad étnica, cultural e histórica en la región del Yarí.

En esta zona convergen identidades que, bajo parámetros homogéneos de poblamiento⁹ y una racionalidad campesina que a todos congrega, implica una sobreposición de capas que conjugan múltiples identidades de tipo étnico (indígenas, afros), social (caqueteños, boyacenses, llaneros...) y religioso (cristianos, católicos). Desde mi trabajo etnográfico en la región, y con el propósito de comprender la subjetividad, he tomado como referencia de estas las experiencias concretas e imaginadas de la vida de los sujetos; experiencias que los guían en la acción y que los sitúan en un campo de relaciones de poder (Kleinmann, Lock y Das, 1997). Estas experiencias, en su forma de identidad, son congregadas por un factor de unidad en lo diverso que ha sabido articular las diferencias a través de la historia y de la práctica. Este factor lo he identificado materializado en la existencia de “*el movimiento*” (no necesariamente *un* movimiento; *cualquier* movimiento) como la apuesta que articula la identidad política de los habitantes de la región.

Debo insistir en que la definición del *movimiento* no es de mi cosecha, ni la he realizado tomando en cuenta un planteamiento inductivo. Puesto que las narrativas campesinas distinguen la existencia y el desarrollo del *movimiento*, de allí he tomado esta noción. Las gentes de la región reconocen que, en términos históricos, el trabajo del movimiento ha sido fundamental para la formación de la gente acerca de sus derechos, para la movilización de las comunidades, para las exigencias al Estado; para lograr la organización que tienen. El movimiento son y han sido las personas, organizaciones e iniciativas de carácter político (antihegemónicas y emancipadoras) y de naturaleza campesina.

Esta noción de “el movimiento” no implica que necesariamente sea una adecuación a la práctica de la teoría de la acción colectiva. Y aunque quizá no riña del todo, existiría —eso sí— una salvedad que abriría una brecha con muchas de las perspectivas teóricas del área; dicha salvedad tiene que ver con que la guerrilla no solo se reivindica como parte de ese movimiento (cuando no, su vanguardia armada), sino que dicha reivindicación es reconocida como legítima por algunos sectores campesinos. Esta es una apreciación compleja, que se ha prestado (con un lenguaje más básico, es cierto) para señalar y estigmatizar a las poblaciones del Yarí, de La Macarena, de El Pato, del Guayabero, del Caguán, y otras tantas zonas, como gente

9 La colonización: los colonos, los fundadores; los hijos de la colonización, los recién llegados.

guerrillera. No es este mi propósito, pues la guerrilla guarda su lugar y su distancia en la región. La diferencia orgánica entre comunidades y guerrilla allí no solo es clara, por lo menos para sus gentes, sino que plantea retos para comprender el papel que, como agentes sociales y políticos, aún desempeñan las FARC.

Y es claro que para la gente de la región la idea de “el movimiento” no solo no se agota en las FARC, sino que allí donde el movimiento es fuerte en la región, la guerrilla (como agente social y político que antes mencionaba) se encuentra supeditada a las decisiones de las comunidades. Pero, en esas zonas donde el movimiento es muy débil, la guerrilla tiene la última palabra en la organización social, la resolución de conflictos, la movilización política. Con esto quiero llamar la atención sobre el hecho que allí donde las comunidades ganan en capacidad política, ganan en autonomía.

Reitero que la complejidad asimétrica de la relación de las FARC con las comunidades en el Yarí se presenta según sea la fuerza del movimiento.¹⁰ Mas, por lo pronto, quiero llamar la atención sobre la diferenciación territorial de esa relación; diferenciación que para otros investigadores, como es el caso de Ana María Arjona (2008), no ha pasado desapercibida para ser analizada mediante modelos multivariados que intentan cruzar distintas variables intervinientes en las interacciones entre actores armados y territorio. Este tipo de tipologías, no obstante, ha sido objeto de críticas que subrayan la importancia de tomar en cuenta los aspectos sincrónicos de la relación entre las comunidades y los actores armados. Esto lo propone Teófilo Vásquez, quien, a propósito del trabajo citado de Arjona, dice que:

[...] Es necesario relacionar más la construcción de tipologías abstractas con las dinámicas históricas. Porque considero que son las dinámicas de largo y mediano plazo —sin casarme con el historicismo— las que dan sentido a esos procesos de construcción de tipologías. Entre otras cosas porque en Colombia podemos encontrar muchos ejemplos de cambios históricos de larga duración en el relacionamiento entre las FARC y la población civil o entre los paramilitares y la población civil (Vásquez, 2008: 195).

La comprensión de la construcción de “el movimiento” en el Yarí escapa a tipologías que intentan ordenar la relación de los “actores armados”, las poblaciones y los territorios (a la manera esquemática, abstracta y limitada que realiza Carlos M. Ortiz (2001), por ejemplo). Este tipo de experiencia, la relación del territorio y su gente con la guerrilla, más que momentos, ha vivido un proceso dialéctico: la superación de etapas y momentos prepara los siguientes. Las experiencias aparejadas a la colonización y a las violencias han trascendido en la región gracias a ejercicios de la memoria desde los cuales se constituye, y se reconstituye, ese proceso de relación que antes he comentado.

10 Hace parte de la agenda de investigación que a partir de mi exploración he trazado, indagar a profundidad cuáles son las condiciones para mayor o menor fuerza del movimiento entre las comunidades.



Figura 9. Pesca

La conciencia colectiva de las injusticias que inspiraron la colonización, las injusticias a las que se han visto sometidas las comunidades (por el Estado, la guerrilla, por las mismas comunidades), marcan pautas para la acción de la gente de la región, en donde —por ejemplo— las lecciones aprendidas por el movimiento se hacen visibles en prácticas políticas del presente—movilizaciones campesinas, organización de reservas campesinas, la articulación de iniciativas sociales en plataformas políticas para participar en elecciones, entre otras— en donde las gentes reivindican su autonomía.

Conclusiones

Con este artículo he pretendido rastrear la impronta que las identidades políticas de los habitantes del Yarí le han dejado a su territorio. La exposición de las viñetas etnográficas en el interludio, permiten dimensionar la complejidad y el contexto social que asumen las experiencias colectivas de las comunidades de la región. Distintas etapas de la violencia política son la matriz común y compartida desde las cuales se han construido las subjetividades, las identidades políticas y, en suma, el Yarí como territorio.

La espacialidad del Yari ha definido para sus habitantes un mapa de fronteras internas, formas autónomas de espacialidad (la vereda, el núcleo, la asociación...) que encuentran como factor de integración ese nosotros común compuesto por personas cuya definición subjetiva, entre otros factores, es la de sobrevivientes de la violencia política. Incluye a campesinos e indígenas expulsados, a perseguidos políticos, a quienes abrazaron la lucha armada y cuyo tiempo en la guerra ya pasó. Comprende a las nuevas generaciones que desde hace veinte años, e incluso mucho antes, han nacido, crecido en la zona y padecido la guerra en su vida diaria.

Entre esta población existe una idea compartida (sobre todo en lugares donde la organización social y política es más fuerte, donde lleva más años) de que esta es una zona en donde la fuerza y la legitimidad —más allá de la guerrilla— la ofrece y la garantiza el movimiento; la gente habla del movimiento cuando se refiere a la fuerza de la comunidad organizada; esto es, a la agregación de las experiencias e identidades políticas que encuentran lugar y espacio en el Yari. En sus inicios, hicieron parte del movimiento los sobrevivientes de las columnas de marcha, de los bombardeos a El Pato, al Guayabero, a Riochiquito; de las arremetidas oficiales a Viotá (Cundinamarca), a Villarrica (Tolima), eventos todos que llevaron a la radicalización de las comunidades orientadas por un grupo de campesinos que fueron expulsados de Marquetalia y que en 1964 fundarían las FARC. Lo que fuera la UP aún marca la ruta de lo que es el movimiento en la región, pues del movimiento hacen parte hoy día las juntas y las organizaciones campesinas cuyas capacidades de congregación las convierte en actores sociales relevantes e importantes en relación (y orientación) hacia la guerrilla y el Estado.

Pero debo aclarar: el panorama bien puede ser optimista, pero no es del todo alentador. La guerra sigue su camino y este es un proceso que ha significado detenciones masivas, desplazamientos, desapariciones, ajusticiamientos, ejecuciones extrajudiciales, confinamientos, señalamientos y cada uno de los impactos que la guerra genera en las comunidades. Recientemente han sido amenazados varios centenares de personas en el Yari en listas con nombres propios supuestamente realizadas por organismos de inteligencia en donde se da reporte de auxiliares de la guerrilla;¹¹ han sido asesinados, en las cercanías del Yari, un presidente de junta (debido a un “error” militar) y dos representantes regionales de comités de DD. HH., y se han cometido un sinnúmero de atropellos que nunca son motivo de noticia, pero que mantienen a la gente de la región en una alerta constante. Como ha sido siempre.

11 Véase Pacocol (2009).



Figura 10. Atardecer en el Yarí

Referencias bibliográficas

- Aboy, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens, Rosario.
- Alape, Arturo (1994). *Tirofijo: los sueños y las montañas*. Planeta, Bogotá.
- Arjona, Ana María (2008). “Grupos armados, comunidades y órdenes locales: interacciones complejas”. En: *Hacia la reconstrucción de país* Fernán González (Ed). ODECOFI, Bogotá.
- Bataillon, Claude (1997). “Espacio centralizado/focalizado o espacio reticulado: un problema de escala”. En: *Odile Hoffmann y Fernando I. Salmerón Eds. “Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de apropiación”*, CIESAS-ORSTOM, México.
- Escobar, Arturo; Álvarez, Sonia y Dagnino, Evelina (2001). *Cultura política y política cultural*. Editorial Taurus, Bogotá, Colombia.
- Escobar, Arturo (1997). “Cultural politics and biological diversity: State, Capital, and Social Movements in the pacific coast of Colombia”. En: *Lisa Lowe y David Lloyd “The politics of culture in the shadow of capital”*. Duke University Press, Londres.
- Geertz, Clifford (1990). *La interpretación de las culturas*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- Espinosa, Nicolás, González, Eugenia, Ramirez, Erika (2010). *Dinámicas de apropiación territorial en los llanos del Yarí. La construcción social de la frontera interna*. Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia. (Mimeo).

- Giménez, Gilberto (2009). *Identidades sociales*. Instituto Mexiquense de Cultura, México.
- _____ (1996). "Territorio y cultura". En: *Estudio de las culturas contemporáneas*, Vol. 2, N.º 4, Colima.
- González, María Eugenia (2009). *Apropiaciones y fronteras: una mirada al territorio Yaguara ii desde el destierro*. Tesis de Grado en Antropología, Universidad de Antioquia.
- González, Fernan; Bolívar, Ingrid; Vásquez, Teófilo (2003). *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del estado*. CINEP, Bogotá.
- González, José Jairo, Marulanda, Elsy (1990). *Historias de frontera: Colonización y guerras en el Sumapaz*. CINEP, Bogotá.
- Gould, Eliot (1998). *To Die in this Way: Nicaraguan Indians and the Myth of Mestizaje, 1880-1965*. Duke University Press, Durham.
- Harvey, David (1989). *The Condition of Postmodernity: an Inquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford University Press, Oxford.
- Kleinmann, Arthur; Lock, Margareth y Das, Veena (1997). *Social suffering*. University of California Press, Berkeley.
- López, Fabio (1996). "El concepto de cultura política y su utilidad en el análisis social". En: *Paidea*, N.º 16, Bogotá.
- Melucci, Alberto (2001). *Vivencia y convivencia: teoría social para una era de la información*. Editorial Trotta, Madrid.
- Molano, Alfredo (1989). *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras*. Ancora Editores.
- Mouffe, Chantal (2007). *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina.
- Ortiz, Carlos (2001). "Actores armados, territorios y poblaciones". En: *Revista Análisis Político*, N.º 42, Bogotá, Colombia.
- Pacocol (2009). Ejercito prepara montaje judicial contra dirigencia política y social del Caquetá. [En línea:] http://www.pacocol.org/index.php?option=com_content&task=view&id=2432. (Consultada el 1º de Febrero de 2010).
- Reger, Jo, Myers, Daniel, Einwohner, Rachel EDS (2008). *Identity Work in social movements: social movements, Protest and Contention Series*. University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Sack, Robert (1988). "El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinarios". En: *Documents D'analisi geográfica*, Vol. 12, Barcelona.
- Schmitt, Carl (1991). *El concepto de lo político*. Editorial Alianza, Madrid.
- Semana (17 de marzo de 2009). "«Jojoy» y el juego del ahorcado". En: *Revista Semana*. [En línea:] <http://www.semana.com/nacion/conflicto-armado/articulo/jojoy-juego-del-ahorcado/101131-3>. (Consultada el 1 de Febrero de 2010).
- Serje, Margarita (2005). *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Ediciones Universidad de los Andes, Bogotá.
- Tarrow, Sydney (1998). *El poder en movimiento*. Alianza, Madrid.
- Vásquez, Teófilo (2008). "Comentarios". En: *Hacia la reconstrucción de país* Fernan González (Ed), Odecofi, Bogotá.
- Velasco, Laura (1998). "Identidad cultural y territorio: una reflexión en torno a las comunidades transnacionales entre México y Estados Unidos". En: *Región y Sociedad*, Vol ix, N.º 15, Colegio de Sonora, México.
- Yavuz, Hakan (2003). *Islamic Political Identity in Turkey*. Oxford University Press, Oxford.
- Yi-Fu, Tuan (1974). *Topophilia. A study of environmental perceptions, attitudes and values*. Prentice Hall, New Jersey.